

A top-down view of various travel-related items scattered on a light blue surface. In the top left, a portion of a tan straw hat with a dark strap is visible. Next to it is a small, triangular sailboat with red and white horizontal stripes on its sail and a blue hull. To the right is a white smartphone. Below the hat are a pair of black-rimmed glasses. In the top right, a yellow and black butterfly is perched. The central text is in large, bold, red and black letters. At the bottom left, a silver and black camera with a lens cap is shown. To its right is a map with a circular compass rose. A magnifying glass is partially visible on the right side. A spiral notebook is at the bottom left, and a red book is partially visible on the left edge.

ABBY BAKER

DE VIAJE
O LO QUE
SURJA

Click
EDICIONES

Índice

| | |
|------------|--|
| Portada | |
| Portadilla | |
| I | |
| II | |
| III | |
| IV | |
| V | |
| VI | |
| VII | |
| VIII | |
| IX | |
| X | |
| XI | |
| XII | |
| XIII | |
| XIV | |
| XV | |
| XVI | |
| XVII | |
| XVIII | |
| XIX | |
| XX | |
| XXI | |
| XXII | |
| XXIII | |
| XXIV | |
| XXV | |
| XXVI | |

Créditos

Click

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Abby Baker
De viaje o lo que surja



I

Mina salió a la calle casi corriendo. Fuera caía la típica lluvia de finales de marzo que anuncia la llegada de la primavera. Se estaba quedando empapada, pero poco le importaba. Alzó la mirada hacia ese cielo gris y oscuro y, como si fuera el más azul y radiante que jamás hubiera visto, sonrió y abrió los ojos mientras sus pestañas se peleaban con las gotas de lluvia.

Los pocos paseantes que había en la calle Santa Ana la miraban extrañados y guardando las distancias. Los de Barcelona creían que era una turista que aún no se había recuperado de la resaca de la noche anterior; los turistas creían que era una barcelonesa que había perdido el norte después del trabajo. Era mediodía y lo normal a esa hora era estar haciendo algo de provecho, y no dejando que cayera la lluvia.

Lo único que no sabían era que, en aquel momento, en aquel preciso instante, Mina había finalizado el que creía que era uno de los días más largos de su vida. Acababa de doctorarse en Historia del Arte.

«Una carrera con mucho futuro», le pareció oír la voz socarrona de su madre en su interior.

—¡No! —exclamó con rabia para ahuyentar las malas vibraciones que le aportaba el recuerdo de su madre.

No era que no estuviera orgullosa de su hija, pero se hubiese sentido más satisfecha si hubiera estudiado Derecho, Económicas o Administración de Empresas, algo que, al cruzar las puertas de su facultad por última vez, le hubiera dado las llaves de un buen trabajo.

Sin embargo, ese no era el momento de recordar las ilusiones frustradas de su madre, directora de ventas de

una gran multinacional dedicada a... La verdad era que nunca había comprendido a qué se dedicaba su madre; sabía que era una alta ejecutiva con falda de tubo por la rodilla y zapatos con tacón de aguja, pero nada más. Una leona entre tiburones. Algo que seguramente llevó a que pusiera fin a la relación con su padre, un polo opuesto en todos los sentidos. Desordenado, descuidado, desgarrado y toda una larga lista de palabras que empezaban con *des*, y que había dedicado su vida a su gran pasión: la cocina.

Ahora, su madre seguía divorciada y soltera, aunque Mina tenía claro que algún que otro escarceo amoroso había tenido, al menos alguna aventurilla en cualquier convención de la empresa. Su padre, en cambio, unos años después del divorcio, había reencontrado el amor en una chica de la edad de su hija, y es que, a pesar de los años, seguía guardando ese extraño atractivo de los surfers californianos. ¿El resultado de esta nueva relación? Gemelos, dos pequeños diablillos que todavía no tenían ni un año. Más que como hermana mayor, Mina sabía que actuaría como una tía.

Nerviosa, Mina rebuscó en los bolsillos interiores del traje que le había prestado su madre para la defensa, y que ahora mismo estaba más empapado que una toalla en una piscina. Las manos le temblaban, no sabía si por los nervios o por el chaparrón que le estaba cayendo encima. Al fin encontró lo que buscaba, un *smartphone* con la pantalla rota y lleno de goterones de agua.

Se resguardó bajo la cubierta de uno de los balcones de la finca en la que se encontraba el restaurante al que había ido a comer con los miembros del tribunal y el director de su tesis y pulsó hábilmente varias veces la pantalla. Se colocó el teléfono en la oreja y, tras unos pitidos, respondió la voz de un hombre:

—¿Ya está? —preguntó su padre casi tan exultante como ella.

—Sí, sí, se ha terminado, papá, ya soy doctora.

—Menos mal —resopló tranquilo su padre; era casi como si la tesis la hubiera hecho él mismo—. Y ahora ¿qué?

«¡Oh, no! Esa maldita pregunta no», se lamentó para sus adentros Mina; la esperaba de su madre, pero no de su padre. Tragó saliva, miró a su alrededor como si alguien la estuviera espionando para saber si decía la verdad o no y respondió:

—Unos días de desconexión y después de nuevo al trabajo —dijo con falsa determinación. No tenía ni la más mínima idea de lo que haría a partir de entonces, pero en ese preciso instante, justo después de terminar de doctorarse, solo pensaba en evadirse. Hubiera preferido decir: «No sé, creo que me tomaré un año sabático para descubrirme y después ya se verá». Sin embargo, sabía que, de formas diferentes, para sus padres aquella no era una respuesta válida.

—Bien dicho, cariño —respondió su padre henchido de orgullo paternal al ver que su pequeña se había convertido en toda una doctora—. ¡Ah! Y enhorabuena —añadió entre carcajadas de gozo.

—Gracias, papá.

—Lo siento, Guille, pero tengo que dejarte —anunció de repente—; tenemos una reunión con el propietario sobre los menús de la noche y ya me están llamando.

—Tranquilo, no te entretengo más.

Se despidieron cariñosamente, como siempre lo habían hecho, y ambos colgaron el teléfono. Mina se quedó mirando fijamente al móvil, sabía cuál era la siguiente llamada que tenía que hacer. No le apetecía oír cómo la atosigaba su madre, pero tenía que hacerlo. Después, sería libre de verdad.

Tras un par de tonos, la voz de su madre, dura, fría y directa, resonó a través de la línea, como si en lugar de responder a su hija, estuviera tratando con el comercial de turno.

—¿Cuál es tu idea a partir de ahora, Guillermina?

«¡Joder!», exclamó en su interior Mina, la misma pregunta que su padre, pero de forma más directa y, para colmo, con su nombre completo al final. La mayoría de la gente la llamaba por su diminutivo, Mina, que resultaba hasta cierto punto peculiar, incluso exótico. Su padre la llamaba Guille, algo que había comenzado como una broma cuando era pequeña, pero había terminado por convertirse en su forma de dirigirse a ella. Sin embargo, su madre pocas veces la llamaba por su nombre; siempre utilizaba las clásicas fórmulas de *hija*, *cariño* o *tú*. Toda una romántica, su madre. Pero cuando le hablaba en serio, o le estaba echando la bronca, no dudaba en utilizar la forma completa y más larga de su nombre...

—¿Guillermína? ¿Me oyes?

—Sí, sí, perdona, mamá, es que aún sigo un poco distraída, por la defensa, los nervios y...

—Vale, vale —la cortó su madre como si quisiera quitársela de encima—, pero responde a mi pregunta.

Mina suspiró, tragó saliva e intentó ser igual de diplomática que había sido con su padre.

—Bueno, unos días de descanso y luego de nuevo al trabajo.

—¿En aquella librería de Gracia? —preguntó con menosprecio su madre.

—Sí..., bueno..., claro, ¿dónde si no?

Al otro lado de la línea, su madre emitió un pequeño gruñido de desaprobación a sabiendas de que su hija la oiría, pero Mina se controló e impidió que la provocara y, simplemente, no respondió, como si no la hubiera escuchado.

—¿Y después? No habrás pagado un doctorado para seguir trabajando como dependienta —le soltó su madre al ver que la primera provocación no había tenido el efecto esperado.

Mina empezaba a arder de furia. Ni tan siquiera la había felicitado. Por un segundo, sintió cómo las gotas de llu-

via que caían sobre ella empezaban a evaporarse debido al calor corporal que le provocaba la ira homicida que crecía en su interior.

Pero, sabiendo que su madre quería discutir todo lo discutible que se había guardado dentro durante los últimos meses, tiempo en el que Mina había estado preparando la defensa, solo respondió:

—Ya se verá.

Sabía que aquello era el golpe más bajo y más doloroso que podía sacudirle a su madre, y, para su sorpresa, dio resultado.

—Bueno, tú verás —respondió con desdén—; igualmente, felicidades, ya lo celebraremos.

—Gra-gracias, mamá.

Después ninguna dijo nada más, un simple saludo sirvió para cortar la comunicación. Mina, por primera vez, había ganado una discusión con su madre, aunque, instantes después, no pudo evitar pensar que aquel pequeño triunfo dialéctico había sido como una recompensa, como un regalo por parte de su madre.

—¡Será cabrona...! —exclamó al darse cuenta de que su madre la había dejado ganar.

Pero enseguida la visión de su madre sonriendo tras la mesa de su despacho se borró de su mente, ya que una mujer mayor que pasaba por su lado se giró molesta al oírla, y Mina no pudo evitar soltar una carcajada antes de salir corriendo hacia las Ramblas y la plaza Cataluña.

* * *

Aún con una sonrisa en los labios por lo que era la primera gamberrada en años, o al menos eso le pareció a ella, Mina bajó los peldaños de la estación del tren de dos en dos. Había corrido hasta allí absolutamente descalza y con los zapatos —también prestados, pero por su compañera

de piso— en la mano entretanto la observaban todos los propietarios de paraguas con los que se cruzó.

Mientras un grupo de revisores la miraba con curiosidad —estaban acostumbrados a ver cosas raras en aquellos pasillos subterráneos, por lo que una chica descalza y empapada de pies a cabeza no era nada que los sorprendiera —, ella se acercó a una de las máquinas expendedoras de billetes.

Palpando los bolsillos, acabó por sacar un billete de cinco euros completamente mojado, en un estado cercano a la desintegración, y, sin demasiada confianza, lo introdujo en la ranura tras seleccionar la opción de billete sencillo. Tenía un bono de diez viajes en el bolsillo, pero su estado debía de ser el mismo que el de los cinco euros. Simple y llanamente, lamentable.

Una vez la máquina se tragó el billete, como insultada por haberle introducido algo tan deplorable, lo escupió. Pero no lo hizo burlonamente, como suele ser lo habitual, como cuando parece que la máquina le saca la lengua al desesperado viajero, sino como si regurgitara una pasta blancuzca y le escupiera pedazos de papel a su elegante y húmedo traje.

—¡Mierda! —protestó justo antes de que la máquina empezara a pitar de forma acusadora, al igual que un niño llama la atención de su madre cuando otro le ha robado la chuchería que tenía en las manos.

Uno de los revisores, al oír la señal de socorro de su hijo metálico y digital, se acercó con cara de eterna susceptibilidad, preparado ya para cualquier tipo de excusa.

—¿Algún problema, señorita?

—Sí, he puesto un billete y la máquina lo ha convertido en puré —explicó Mina a la vez que señalaba los restos blancuzcos que se descolgaban de la ranura.

El revisor miró hacia allí y, con una sonrisa socarrona bajo la nariz, prosiguió con su interrogatorio.

—¿En qué estado se encontraba el billete?

—Estaba bien... Bastante bien —titubeó Mina.

El hombre, valiéndose de su cargo, revisó de arriba abajo a Mina y comprobó que cualquier cosa que hubiera sacado de sus bolsillos estaría, al menos, bastante húmeda.

—¿Estaba mojado?

Mina le devolvió la mirada como aquel al que han pillado con las manos en la masa, en este caso, una masa de billete de cinco euros.

—Un poco —respondió con un hilillo de voz.

El revisor suspiró.

—Verá, señorita, si introduce un billete mojado, la máquina no puede procesarlo, y, si está muy mojado, directamente se deshace en su interior —explicó apoyándose en el aparato expendedor.

Mina asintió comprendiendo.

—Pero necesito un billete para coger el tren —afirmó.

—¿Tiene otro billete que no esté mojado o, por ejemplo, una tarjeta de crédito?

—¡Ah, coño, la tarjeta! —exclamó Mina.

El revisor alzó las cejas y miró a sus compañeros, que no podían evitar sonreír al ver a aquella chica que parecía que viajaba en tren por primera vez en su vida.

Mina sacó la tarjeta de su bolsillo como si estuviera alzando la espada Excalibur de la piedra y la clavó en la ranura de la máquina correspondiente; segundos después, se encaminaba al torniquete con el billete en una mano, los zapatos en la otra y los ojos de todos los revisores en su nuca.

Bajó las escaleras hasta el andén de la estación de Plaza Cataluña, se sentó en el primer espacio libre que encontró en los bancos y se dispuso a esperar el primer tren que pasara, ya que para ir hasta su casa podía coger cualquiera.

Mientras contemplaba la estación vacía, la mente de Mina empezó a navegar en torno a la pregunta que le ha-

bían hecho sus padres, cada uno a su manera, pero ambos con la misma intención.

«Y ahora ¿qué?», una buena pregunta para alguien que acaba de doctorarse en un campo, la historia del arte, que, como la mayoría de las humanidades, tiene más bien pocas salidas: ser profesor o guía turístico.

Ella se sentía a gusto en el lugar donde trabajaba, y más en la media jornada, que le permitía tener tiempo para sus cosas, ya fuera la tesis o cualquier otra actividad que se le pasara por la cabeza. La trataban bien y su único cometido era vender libros, algo que le encantaba. La única pega era que a final de mes se acababa dejando parte del sueldo en la misma tienda en la que trabajaba. Así pues, responder a aquella pregunta, *a priori*, era sencillo: seguir trabajando mientras buscaba algo mejor a lo que dedicar su vida.

Mordiéndose el labio inferior, Mina no pudo evitar pensar en que aquella no era una respuesta para sus padres y, aunque fuera completamente independiente, ellos seguían de cerca su vida.

Sin embargo, pensándolo bien, si en lugar de intentar responder a aquella pregunta a largo plazo lo hacía a corto plazo, podría darles una respuesta más contundente, a pesar de que no fuera la que les gustaría oír, claro.

«Y ahora ¿qué?», volvió a cuestionarse mientras repasaba los últimos cinco años, a sabiendas de que en algún momento debería enfrentarse a ella, pero siempre había dejado para más tarde la respuesta. Y en esas estaba ahora.

Justo cuando el tren entró en la estación, una idea empezó a hervirle en la cabeza, pero, como los buenos platos de pasta, necesitaba la cocción adecuada para que estuviera en su punto, *al dente*, como dicen los italianos.

Mina entró en el vagón, se sentó en el primer asiento que encontró, a la vez que lo mojaba con su ropa, y empezó a planear maquiavélicamente la respuesta perfecta a

aquella pregunta que sus padres le habían recordado en uno de los momentos más liberadores de su vida: y ahora ¿qué?

Mientras el tren emprendía la marcha, Mina sonrió con maldad, sabiendo que acababa de dar en el clavo, y decidió a poner en marcha su plan en cuanto llegara a su casa.